

WHERE

DÍAS

ARE

DE

WE

CAMPO

NOW

WHERE
DÍAS
ARE
DE
WE
CAMPO
NOW

D.R. © 2021
Días de Campo

D.R. © 2021
a los autores por sus textos

D.R. © 2021
a los artistas por sus imágenes

ISBN: Pendiente

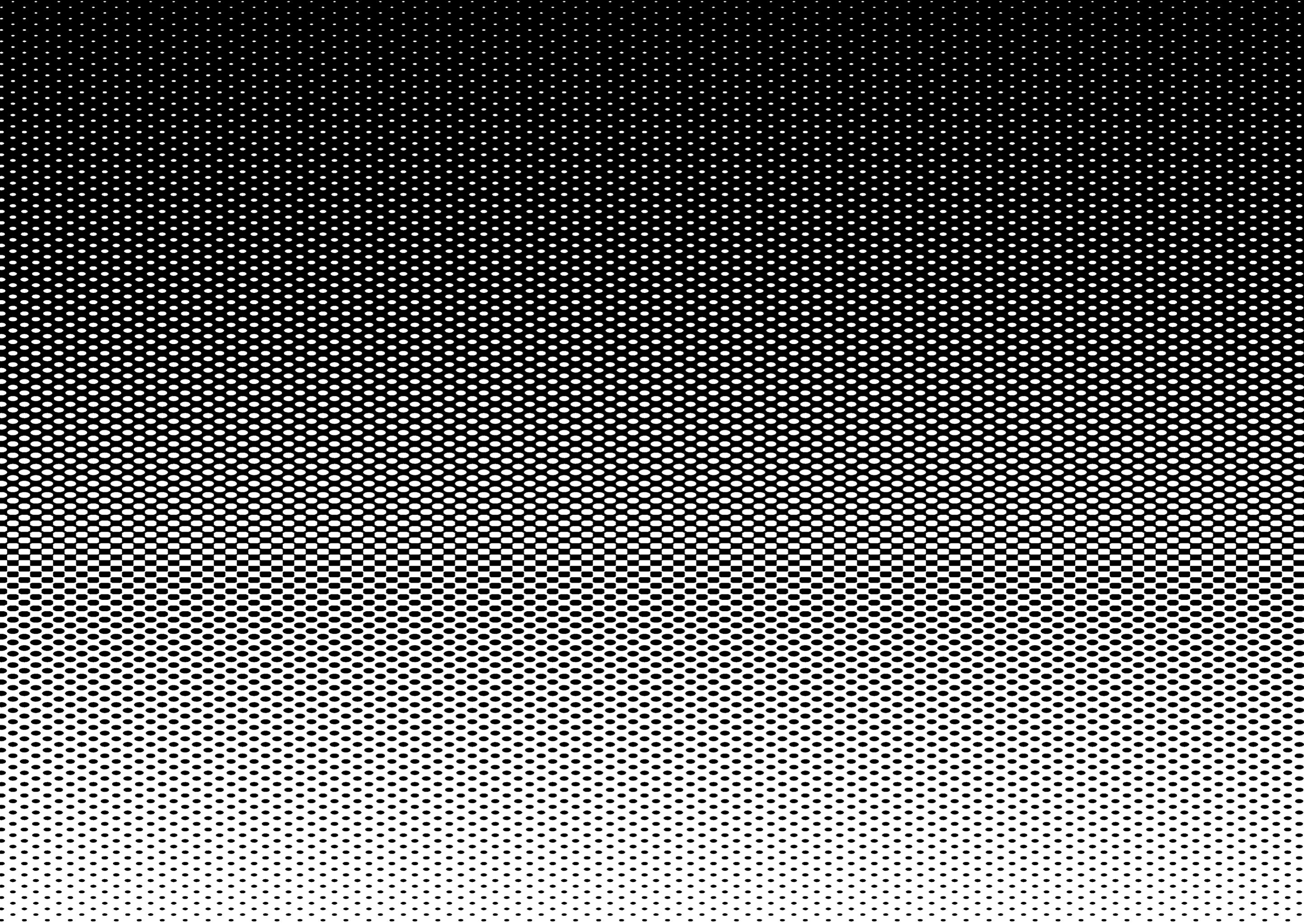
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Queda prohibida la reproducción por cualquier medio, total o parcial, directa o indirecta, del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del autor y editor, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y en su caso, de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones correspondientes.

Hecho e impreso en México
Made and printed in Mexico

¿DIERE
que
AIDE
DE
ME
CAMPO
NOW

ACAPULCO



PERSONAJES

CLAUDIA

DUEÑA DEL RANCHO

HERMANA MAYOR

HERMANA MENOR

J.

ORÁCULO

PATRICIO SIGLO XXI A

PATRICIO SIGLO XXI B

SABANA

TEMOC CAMACHO

UN ASINTOMÁTICO

XAYACATL



PREÁMBULO

Una fila de personas espera a que les hagan una prueba de COVID-19. Hay distancia de seguridad y todos llevan máscaras, aunque de distinto modo: unos como tanga de barbilla, otros colgada de la oreja, otros en la mano. La mayoría de las máscaras son de celulosa o polipropileno, pero también hay de tela, papel e incluso hierro. Muchas yacen en el suelo, las de metal ya oxidadas. Las de materiales más ligeros también pueden colgar de los árboles, como exvotos. Pero, en general, todos la llevan correctamente, cubriendo nariz y boca.

SABANA:

Yo, eso que dicen de estar desde las 4 de la madrugada haciendo fila a las puertas de una farmacia, para que a las 7 te den uno de los 16 turnos diarios, no lo he visto en la Ciudad de México. O a lo mejor es que yo sé bien dónde los hacen, lo que pasa es que mi *roomie* trabaja en el mundo del cine y lleva 36 PCR y ahora comienza un rodaje en el que se hará 2 PCR por semana, durante meses. Entonces, está bien jodido cómo el COVID crea esas nuevas burocracias, como el “Encargado de la PCR. Departamento Coronavirus”, que es como un departamento informal, *random*, que intenta dar paz durante el rodaje de la película, para evitar rachas de contagios, pero resulta que ese nuevo burócrata no se hace la PCR. Además, en el rodaje cada uno se organiza llevando un tipo de cinta (roja, azul, verde, púrpura, blanca, negra), según la cercanía que tengan con el set...

HERMANA MAYOR:

¿Te imaginas que en las bodas que aún hacen apliquen lo mismo? ¿Que cada quien se ponga un brazalete de diferente color, dependiendo de su salud?

Seguro tres horas de borrachera después, eso ya no importa; he visto hasta personas de la tercera edad tomando de la misma botella a la hora de la culebrita o en el furor del baile. Pero eso sí, a la misa van hasta con máscaras de Robocop, de plástico termoformado. Pero bueno, al final, nada de eso importa. Yo he visto a meseros reciclar el hielo de las bebidas de los invitados, seguro lo hacen como un acto inconsciente de justicia social.

CLAUDIA:

¿Qué? No puedo creer que yo a estas alturas no sepa esto. No manches, eso es lo primero que debiste haberme dicho cuando nos conocimos. Debes dar ese dato después de que te presentes y le digas tu nombre a cualquier persona nueva que conozcas.

UN ASINTOMÁTICO:

¿Me podrían decir la hora? Bueno, si es que tienen reloj, ¿quién lleva reloj hoy en día?

PRIMER ACTO

ESCENA PRIMERA

Llegada al rancho guanajuatense de los primeros siete personajes. Nada más entrar, encienden el dispositivo para que lo habite el Oráculo (miembros yucatecos, estómago español, cerebro habanero). El Oráculo cubano entra, disperso por todos lados. Con excepción del virus, los personajes pueden llevar máscaras. Se escucha ladrar a 12 perros.

DUEÑA DEL RANCHO:

¿12 perros ya es jauría? Lo que yo sé es que acá ustedes van a estar bien chido, pero, ella, que no vaya al norte (señala a la perra de Sabana; una perra triste, estoica en su comportamiento, furiosamente neoplatónica en sus acciones: camina, llega a su comida, situada lejos, fuera; después, regresa al salón para masticarla ante todo el grupo). Allá viven los 12 perros. Mejor, ustedes pueden caminar al sur, este u oeste, pero no al norte. El norte es hacia allá (señala al frente del rancho).

Tras decir esto, la Dueña del rancho cambia de tema y comienza a preparar la cena. Los demás personajes la observan, resguardados en sus propias miradas, palpando ese salón donde pasarán una semana. La Dueña del rancho mueve objetos sin cesar, casi en malabarismos; lleva los cubiertos, lárca, a los lugares adecuados; recoge innumerables botellas verdes que estaban acumuladas en los rincones más inverosímiles.

Algunos personajes se dejan llevar por ese vaivén de lo cotidiano, que pronto los engullirá y los colocará en los ritmos monásticos, familiares, del desayuno, la comida y la cena comunes. Entre ensoñaciones, imaginan que

a la cocinera le asoman unas pezuñas. O quizá sean ruedas, unas ruedecitas que le brotan de los tobillos y, en 90 grados, se clavan en la tierra y le permiten llegar más rápido a su carro. Nadie dice nada, los sueños –todavía– sueños son, aunque en el ambiente está que esas ruedecitas serían de lo más adecuado para el tránsito por la cadena de producción y abastecimiento, azuzados por el fuego mudo e invisible del COVID-19.

Otros están más atentos al trajín de este lar, sin dejarse llevar por las ensoñaciones de los demás. Pero –tal vez– hayan entrado en otra especie de ensueño. No se han dado cuenta de que a la cocinera se le han caído de las manos varios objetos. Al caer no han hecho el más leve ruido, hasta los vasos están intactos, como si el suelo se hubiese abierto y la zanja no tuviera fondo.

PRIMER ACTO

Un grupo de siete personas, separadas por más de un metro de distancia, están en un jardín. Al fondo, dos árboles de mezquite y entre ellos una banca blanca de hierro fundido. Todos de pie, inclinados, se tocan las rodillas y experimentan, a juzgar por su postura y gemidos, algún tipo de dolor corporal. Unos en la espalda, otros en el brazo, las rodillas o el vientre. Dos de ellos manifestaron problemas para dormir. La Hermana menor inicia una rutina de estiramientos. Solo tres la imitan y el resto desaparece.

H2:

Encontré una llave enterrada en la tierra.

H1:

(La mira y le incita a seguir hablando)

H2:

Si, quizás era la entrada a un vórtex. Estaba allí (señala a la tierra). Solo la vi brillar. Me gusta encontrar cosas que brillan.

H1:

En Sonora encontraste oro. Yo solo encontré un cuarzo, pero quizás era ónix.

H2:

¿En Sonora?

H1:

No, en el rancho.

H2:

Estoy segura de que era un vórtex.

Un día antes la hermana mayor se encontró con la Dueña del rancho y le confió su descubrimiento; la Dueña se acercó y desenterró la llave. Se la llevó argumentando que quizás era algo importante.

a la cocinera le asoman unas pezuñas. O quizá sean ruedas, unas ruedecitas que le brotan de los tobillos y, en 90 grados, se clavan en la tierra y le permiten llegar más rápido a su carro. Nadie dice nada, los sueños –todavía– sueños son, aunque en el ambiente está que esas ruedecitas serían de lo más adecuado para el tránsito por la cadena de producción y abastecimiento, azuzados por el fuego mudo e invisible del COVID-19.

Otros están más atentos al trajín de este lar, sin dejarse llevar por las ensoñaciones de los demás. Pero –tal vez– hayan entrado en otra especie de ensueño. No se han dado cuenta de que a la cocinera se le han caído de las manos varios objetos. Al caer no han hecho el más leve ruido, hasta los vasos están intactos, como si el suelo se hubiese abierto y la zanja no tuviera fondo.



PRIMER ACTO

Un grupo de siete personas, separadas por más de un metro de distancia, están en un jardín. Al fondo, dos árboles de mezquite y entre ellos una banca blanca de hierro fundido. Todos de pie, inclinados, se tocan las rodillas y experimentan, a juzgar por su postura y gemidos, algún tipo de dolor corporal. Unos en la espalda, otros en el brazo, las rodillas o el vientre. Dos de ellos manifestaron problemas para dormir. La Hermana menor inicia una rutina de estiramientos. Solo tres la imitan y el resto desaparece.

H2:

Encontré una llave enterrada en la tierra.

H1:

(La mira y le incita a seguir hablando).

H2:

Sí, quizás era la entrada a un vórtex. Estaba allí (señala a la tierra). Solo la vi brillar. Me gusta encontrar cosas que brillan.

H1:

En Sonora encontraste oro. Yo solo encontré un cuarzo, pero quizás era ónix.

H2:

¿En Sonora?

H1:

No, en el rancho.

H2:

Estoy segura de que era un vórtex.

Un día antes la hermana mayor se encontró con la Dueña del rancho y le confió su descubrimiento; la Dueña se acercó y desenterró la llave. Se la llevó argumentando que quizás era algo importante.

ESCENA SEGUNDA

La Hermana menor lleva una gorra negra con el escudo de México y, debajo de este, el nombre de Tlaxcala bordado en oro. Parece exmiembro de un club de forenses que la hubieran abandonado en un canasto, como a Moisés sobre las aguas del río Nilo. Está toqueteando la televisión del rancho (es la mejor técnica del grupo, “sistemofílica antisistema”, como todos los técnicos: es sabido que entre los terroristas islámicos predominan los ingenieros). Finalmente, logra que vean a Patricio Siglo XXI A en la televisión. Emite desde Austin (Texas), si bien del siguiente modo: una laptop está sobre un banco, con la imagen menor, y a medio metro, la televisión, donde está la imagen mayor. “Me encanta que haya quedado así. ¿No se encaramaba la pitia sobre un trípode para profetizar?” Por problemas de sonido, si quieren exponer algo, se sientan o arrodillan ante la laptop.

ESCENA TERCERA

Todos han traído sus aparatos para poder escuchar lo que irradie el Oráculo. En la Antigüedad existía la *incubatio*, consistente en ir dormir al espacio oracular para que posteriormente la burocracia sacerdotal interpretara los sueños de todos esos solicitantes durmientes. “Un espacio que se evidenció lleno de prótesis”, comentaba Temoc Camacho sobre el mundo COVID.

Atardece en el rancho y el desierto de matorral se va desdibujando, mientras que las cercas, los alambres que separan las propiedades, adquieren más y más densidad, hasta el marcado insoportable, y efectivo, en lo más oscuro de la noche, de la delimitación. El grupo de WhatsApp pasa del desperezo a la velocidad de crucero, de cohete, casi lumínica, de textos, audios e imágenes, que ya no se detendrán, retroalimentados por el deseo de completar no solo a los otros, sino al bilocado que tememos.

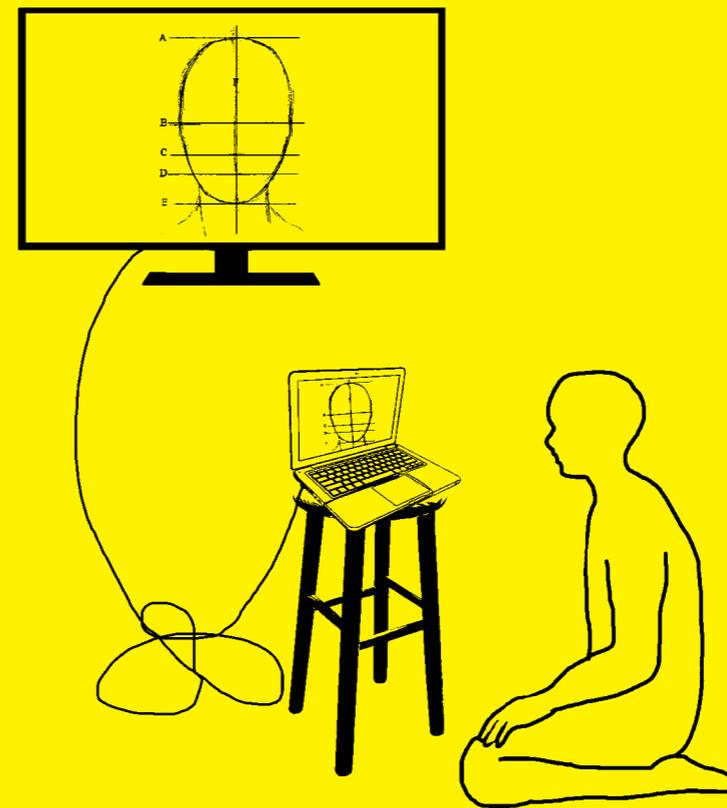


Figura 1. Esquema oracular sincrónico semipresencial.

Me la responden luego
(el WhatsApp como contestadora automática),
o les puedo hacer unas
preguntitas,

La Hermana me
 de este, el nomb
 de forenses que
 las aguas del río
 técnica del gru
 es sabido que e
 Finalmente, log
 desde Austin (T
 banco, con la in
 imagen mayor.
 pitia sobre un t
 exponer algo, se

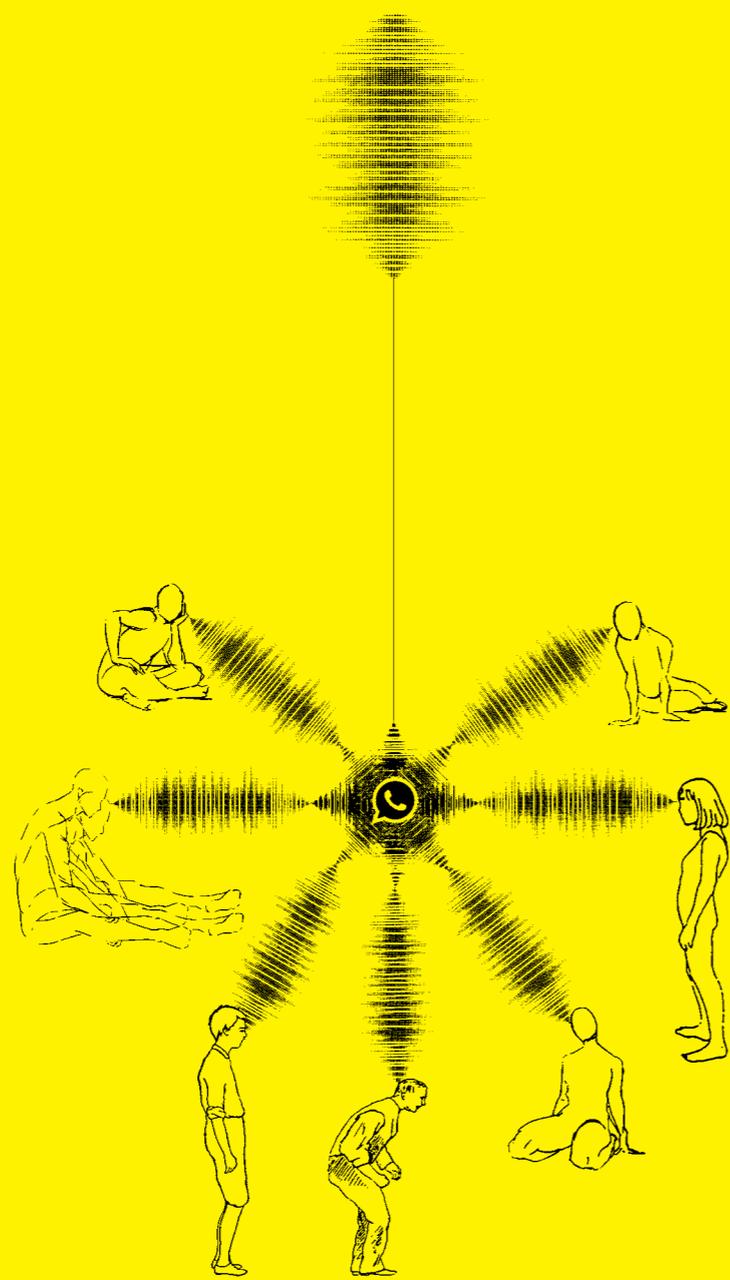


Figura 2. Esquema oracular diacrónico incorpóreo.

Todos han traíd
 En la Antigüed
 oracular para q
 sueños de todos
 lleno de prótesi

Atardece en e
 que las cercas, l
 más densidad, h

la noche, de la delimitación. El grupo de WhatsApp pasa del desperezo a la velocidad de crucero, de cohete, casi lumínica, de textos, audios e imágenes, que ya no se detendrán, retroalimentados por el deseo de completar no solo a los otros, sino al bilocado que tememos.

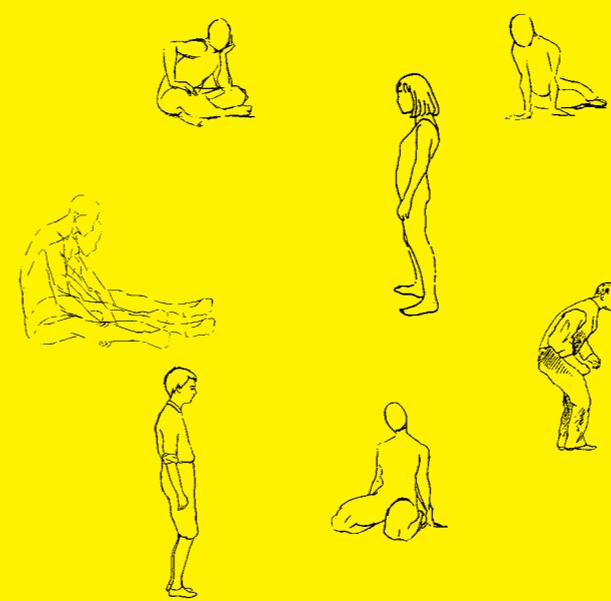


Figura 3. Esquema de disposición oracular.

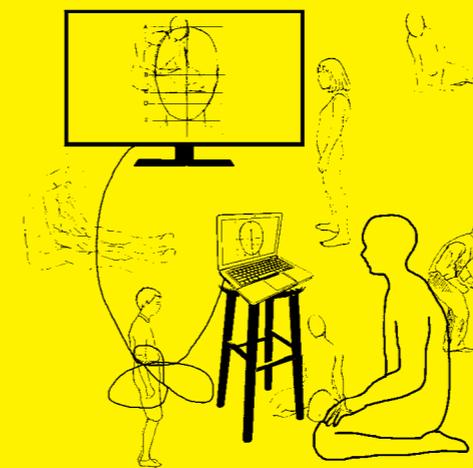


Figura 4. Diagrama de sesión bi-oracular.

Me la responden luego
 (el WhatsApp como contestadora automática),
 o les puedo hacer unas
 preguntitas,

tros, atended y

ía o caliente)

concreto

erso,

tinúa escuchan-

La Hermana m
de este, el nomb
de forenses que
las aguas del río
técnica del gru
es sabido que e
Finalmente, log
desde Austin (T
banco, con la in
imagen mayor.
pitia sobre un t
exponer algo, se

Todos han traíd
En la Antigüed
oracular para q
sueños de todos
lleno de prótesi

Atardece en e
que las cercas, l
más densidad, h

la noche, de la delimitación. El grupo de WhatsApp pasa del desperezo a la velocidad de crucero, de cohete, casi lumínica, de textos, audios e imágenes, que ya no se detendrán, retroalimentados por el deseo de completar no solo a los otros, sino al bilocado que tememos.

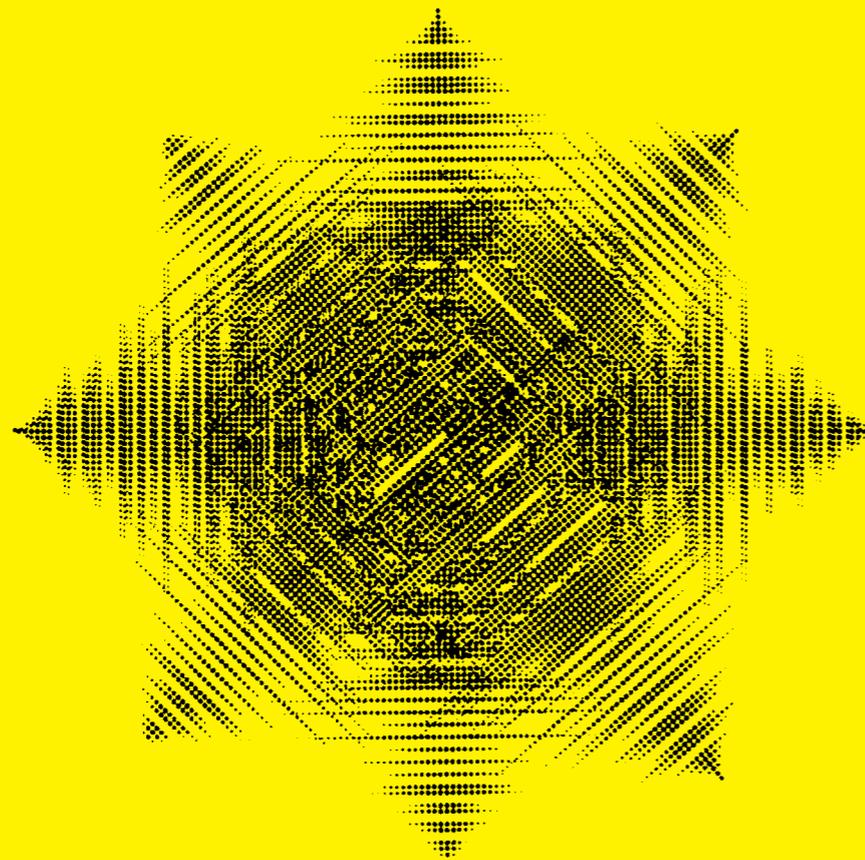


Figura 5. Diagrama acústico oracular diacrónico incorpóreo.

ORÁCULO:

Himno primero

“Vosotros, que, quizá por no ser buenos, os encubris los rostros, atended y escuchad, lo que deciros quiero”
pedía don Quijote
Yo les pido que
dejen ustedes los oídos sobre algunas
de las piedras del camino
y entren
(comprueben con sus piecitos si la sopa primigenia está fría o caliente)
a la Macedonia vaporosa
de la que no podemos asir probablemente nada en lo concreto
imágenes, textos, videos, *playlists*, cualquier recurso,
documento, acto, gesto, acción
que ha entrado en este WhatsApp
desde el que finjo el balbuceo.

Alguien, una figurilla lejana, recortada entre los nopales, continúa escuchando sin audífonos al Oráculo:

Himno segundo

D-ó-n-d-e
e-s-t-a-m-o-s
a-h-o-r-a,
esa es la pregunta perentoria:
Me la responden luego
(el WhatsApp como contestadora automática),
o les puedo hacer unas
preguntitas,

chiquitas, chiquitas,
por ejemplo:
¿Qué pasaría si mañana,
si en los próximos minutos no podemos estar juntos?
Preguntas sencillitas, de ese estilo,
sencillitas.
Me gusta la indisciplina
pero me gusta hacerme pasar
por disciplinado extremo,
digo que cuando las respondan,
respondan lo primero, como
justo acabado de nacer, escribí un testamento.

SEGUNDO ACTO

ESCENA PRIMERA

Patricio Siglo XXI A reflexiona tras la pantalla sobre cómo percibimos el virus, cómo entra en nosotros, cómo “roba” dos de nuestros sentidos, el gusto y el olfato. Aunque Patricio Siglo XXI B estará de acuerdo en general con lo dicho por su tulpita, quizá habría jugueteado con el cuento “La nariz” (Nikolái Gogol, 1836) para ilustrar algo sutilmente contrario: la revalorización del olfato como un falaz test monopólico para saber si se tiene COVID (como si tener olfato protegiera de la enfermedad). En el cuento del autor ruso, un burócrata se despierta sin nariz y alguien la ve tomar el tren, en tamaño humano, bien vestida, con todo y capa, fingiendo un antropomorfismo de similar naturaleza al fingimiento sobre esos poderes extraordinarios de la nariz frente al COVID.

En cualquier caso, se establece una correlación extraña entre eso que dicen los Patricios en la mañana y lo que cuenta el Oráculo en la tarde. El Oráculo se refiere reiteradamente a sus uñas como dañadas: únicamente le crece una y el resto se le han quedado paralizadas, a la espera de la vacuna Pfizer-BioNTech, Moderna, CiNocéfaló, AstraZeneca/Oxford, CanSino o la que brote. Visiones de cuerpos futuros con todo evaporado, salvo por boca, nariz y uñas, seres vivos Narizbocauña, partes unidas por zarcillos adaptados para confundirse con plástico, material con el que han coevolucionado.

XAYACATL:

Creo que también podemos ver a la máscara como un velo. Quiero decir que el derecho al rostro –a ver el rostro de los demás, a que el Estado vea tu rostro– significaba mucho para el “mundo anterior”. Pero la variedad de

máscaras que encontramos (independientemente de su efectividad) desliza mucho de poesía en los rostros... Podríamos pensar qué oculta y qué revela...

ESCENA SEGUNDA

PATRICIO SIGLO XXI A:

¿Dónde queda, pues, la máscara? Recuerden que el macho cabrío estaba en el origen de la tragedia. El arrancarle la piel, la asunción de esa máscara y pasar a tener un rostro cabrío...

J.:

Una máscara sin teatro...

TEMOC CAMACHO:

Pero, ¿no está pasando al revés?

PATRICIO SIGLO XXI A Y J.:

(A unísono, como si uno fuese *Del* y el otro *Fos*, como tepalcates o fragmentos de barro esparcidos que succionan por sus boquitas.)

¡¡¿Cómo?!!

TEMOC CAMACHO:

(desconociendo que Xayacatl fue parte del equipo organizador en el año al que alude y sin que sepamos si lo está diciendo, pensando o leyendo):

El COVID se ha expandido en las personas y en los espacios, como una especie de escenografía itinerante. Hace algunos años, en 2014, estuve en un festival de teatro (Teatro para el fin del mundo, TFM), donde la forma de trabajar es *okupando* espacios abandonados y atravesados por la violencia en Tampico, un festival que a primeras luces se vislumbra como una mediación



entre la capacidad del arte de intervenir estos espacios y la movilización de sentidos de estos espacios abandonados y violentos, estos espacios *okupados* y compartidos... Un hospital abandonado por una epidemia de lepra en los cincuenta y que ahora es habitado por el personal de limpieza que fue llevado con engaños y promesas de hospedaje y trabajo, para luego ser abandonado a su suerte y a su capacidad de adaptación en lo que antes fueron salas, consultorios, pasillos, quirófanos, etc. O, también, una casa ubicada en la salida de Tampico a Veracruz, según contaron, compartida por varios meses con un “halcón” que, además de estar pendiente del ejército, se daba el tiempo para, de tanto en tanto, empaparse de cultura y convertirse en el único espectador del *performance* de estos “*okupas* con festival”. El festival consistía en la intervención de obras en algún espacio de estos edificios, que ya de por sí tenían historias complicadas; los artistas elegían el espacio para la presentación, e inmediatamente pasaban a la ardua labor de limpiar y limpiar y limpiar, para luego presentar su obra. En esta magnífica escenografía se desarrollaban historias, historias sin más, para nosotros (los artistas del festival) y para nadie más: nadie va a estos lugares...

Así es el COVID en las periferias, una gran escenografía de normas y métodos de higiene, montados para personas que no las pueden habitar, escenografías montadas para otros tiempos, para otros cuerpos.

HERMANA MAYOR:

Mira, lo que dices... Yendo a Tonalá fui a un lugar de empaques, se llama Empaques Jazmín. Es un terreno enorme lleno de cajas y cajas, insalubre, con muchos perros y nunca limpiaban. No hay nada alrededor, solo lotes baldíos. Y, de repente, adaptaron todas las reglas contra el COVID, se notaba clarísimo, ahí ya había llegado. De repente, los cartoneros con cubrebocas negros recién comprados, el sanitizante en la puerta, el termómetro, la cadena negra, la cartulina de “Prohibido el paso”... Pero eso, te daba la misma sensación de fachada.





HERMANA MENOR:

Es lo que decías antes, de ver amoral a las personas con las que convives, lo de que no hay filosofía ni religión que nos esté legitimando para negar un acto como prohibir hablar a alguien o tocarlo. Sentir culpa al equivocarte de vaso...

HERMANA MAYOR:

No debería ser sensación de culpa. No hay categoría adecuada para pensar al portador de este virus, ¿cómo asumir responsabilidad sin usar el miedo?

UN ASINTOMÁTICO:

(Tras la cerca del rancho, en el camino, al principio parecía un pastor, ahora un turista perdido):

¡Buenos días... ¡Tardes!

HERMANA MAYOR:

(Ahora acostada, en la esquina del jardín.)

En la pandemia todos vamos a perder algo. ¿El qué? No lo sabemos. La pérdida enmarcada por la escenografía del COVID ayuda a ver la pérdida como un acto más dentro de la obra; en ese sentido, el marco es un consuelo... La obra como un espacio de ficción permite, a su vez, contener sucesos inesperados, capaces de ser asimilados, bajo la premisa de que, tarde o temprano, va a terminar. Los hechos dramáticos forman parte de la escenificación de la tragedia. El sacrificio de los padres, a veces de los hijos, forma parte de una tragedia mayor, involuntaria, en la que, aunque nadie lo haya solicitado, se forma parte del elenco.

HERMANA MAYOR:

(Tras un silencio.)

Una vez el niño ahogado se tapa el pozo.

El COVID nos va mondando, marca, pero lo hace de un modo inaudito. El ángel de la décima plaga egipcia mataba al primogénito del hogar que no estuviese marcado con sangre de cordero, que era la señal que habían pintado los judíos en sus puertas para protegerse.

Sin embargo, el marcado del virus es más capcioso. Si uno actúa como que no tiene el virus o, incluso, si el virus le hace creer que está sano (el asintomático), entonces tiene permiso para actuar como el ángel de la décima plaga y extender la pandemia. Ese es el momento cuando brotan las siguientes marcas/manchas, ya exteriores y claras: una lona en una fachada, crespones en los tacos “Don José” (que días antes estaban abarrotados), la pérdida de una vida o del olfato, o maximalismos psicólogos, o éticos, por los que nos alejamos de amistades sospechosas.

La pandemia nos manda, a la búsqueda de un núcleo que, sea o no moral, nos definirá. “Ahora vete [...] y dile a tu padre que por cada mentira te voy a cortar un pedazo de carne hasta que lleguemos a la parte verdadera, la parte que no miente”, amenazaba Naruz, un personaje del *Mountolive* de Lawrence Durrell (1958). El grupo se dispersa un momento y juguetea con el par de oxímetros-pulsómetros, justo hasta que llega la Dueña del rancho y sirve los chiles rellenos.







ESCENA TERCERA

LA CARRERA

Dos personajes caminan hacia el desierto de matorral en los alrededores del rancho. Todavía se siente el calor del día, pero eso no los disuade de traspasar la cerca caída en el sureste. El paisaje se extiende hasta terrenos no cercados y los dos personajes encuentran un gran agujero cuadrado. Uno de los personajes dice: “Hay que traerlos aquí mañana”.

A lo lejos se ve un circuito de carreras de caballos abandonado, “una especie de ruina blanca”, pensaba Temoc al divisarlo. Caballos ciegos corriendo por un laberinto es una imagen de Jorge Teillier, y así corren los personajes, recreando los automatismos de la carrera, pero sin caballo ganador, y sin el desfallecimiento del resto.

HERMANA MAYOR:

¿Listos? (Mira cómo estiran). Lo mejor es que alguien se ponga al lado y lo grabe, corriendo en paralelo a nosotros...

J.:

Yo puedo grabar, pero no voy a correr con ustedes.

HERMANA MAYOR:

Correr con nosotros no, ¡en paralelo, detrás del tubo ese, donde estás! (Señala una barandilla blanca, semioxidada, que en algunas partes conserva una malla ciclónica, como si el paso del tiempo, o los ladrones, hubieran sufrido de un punto ciego y perdonado esos metales).

Esperen, viene alguien...

UN ASINTOMÁTICO:

Ya no hay caballos, buenas tardes, pues ya no queda ahí ninguno, ¿eh? (carga un costal en el hombro y en una mano una quijada, probablemente de vaca.

Da una patada violentísima al cráneo de una comadreja, y añade): Hace muchísimo frío, pero yo soy al revés y tengo muchísimo calor.

TEMOC CAMACHO:

(Mirando cómo se aleja el asintomático, que sigue con su espiral de pensamientos en la nuca.)

Yo ya estoy listo, ¿y ustedes?

HERMANA MAYOR:

Lista.

HERMANA MENOR:

Lista.

CLAUDIA:

Bueno. Entonces, ¿preparados? 3, 2, 1: ¡Acción!

Las puertas de salida para los caballos llevan años sin abrirse, y todavía tienen ese halo oxidado de lo abandonado. Aun así, los personajes han dejado en ellas, mientras estiraban, algo de vida. Una chamarra colgada entre la enredadera. La bolsa de una cámara, tiznada por el carbón de la hoguera que un asintomático encendió para hacerse compañía.

El circuito es de polvo, con muchos desniveles y algunos charcos de lodo enclavados aquí y allá. Un circuito tan irregular y dañino como perfecto para mordisquear los tobillos hasta el hueso y hacer caer al corredor sobre el fantasma de un caballo, tendido de costado, caído tiempo atrás. Como esas bestias tan queridas por los surrealistas, a las que les añadían filas de

hormigas entrando y saliendo del cadáver, para que el plato onírico estuviese bien servido (quizás el onirismo en plena pandemia sea que los corredores tengan el tamaño de hormiga, la hormiga el tamaño del caballo y el virus el de la luna).

Al ver a los tres personajes, lo primero que llama la atención es que la carrera sea tan poco desigual. Pero es que ¡tampoco es pareja! Corren como acordaron, salen de cuerpo completo en las fotos, el camarógrafo sí registra sus movimientos... Sin embargo, ¿cómo decirlo? Están cosidos al paisaje, no están corriendo ni hacia atrás ni hacia adelante (aunque se muevan), ni oscilan hacia su diagonal, ni esparcen la tierra con naturalidad. No vuelan, “¿cómo podrían volar?”, se preguntan las aves, sopesándolos.

Los corredores están muy ceñidos a la tierra, pero podría decirse que disfrutan respirar agitadamente y exagerar los gestos de la carrera, como peces de revista que posaran para la infografía, contentos de que esta indique –aséptica y técnicamente–: “Fig. 1. Sus branquias (\approx pulmones) son para respirar”.

Es moverse por moverse, a explosiones, comprobar los movimientos sin el pesar de cuatro paredes, poner un velo a los dispositivos, aunque estén inscritos en ellos, y traspasar el telón que funge como línea de meta, sin que importe la victoria (es obsceno decir quién quedó primera, segunda o tercero). Una de las corredoras piensa que los caballos estuvieron ahí mismo, apelotonados como abrigos de pieles sobre una cama, corriendo en tromba hasta chocar los cráneos y hacerse, como de plastilina, todos uno, un caballo gigante. Y puede que por eso desaparecieran, extinguidos y en reposo, monumentales, en ese agujero de allá, al que hay que ir mañana.

Los caballos antiguos eran las olas del mar, eran de Poseidón (también el cíclope Polifemo tenía al dios del océano como padre). Un Poseidón vencido por Atenea en la disputa por el patronazgo de Atenas.

No piensen que es una carrera parecida –no lo es, en lo más mínimo– a la del *Ciudadano Runner*, aquel que sueña con correr hasta llegar al horizonte, y

cuando llega al horizonte tasa con furor cartográfico el árbol más alto, lo divisa y lo escala, y cuando está allá en la cima, en *shorts* y con camiseta sin mangas, espantando a todos los pájaros, vuelve su mirada infatigable hacia el cielo – ahí sí lo inunda un poquito de reverencia–, pero se abalanza sobre él, hacia la luna y las estrellas, salta como puma (sin paz, como si bandadas de virus lo persiguiesen) y se agarra a la esfera celeste como a un telón, con sus garras y colmillos bestiales, y arranca un jirón, puesto que el telón del cielo no puede sostenerlo (aunque su índice de masa corporal y su % de grasa sean perfectos), y cae, y el impacto contra el suelo hace mucho ruido de llantos y quejas y huesos y pulmones resquebrajados. No, nuestros corredores son de otro tipo. Han redescubierto la rutina que creían desaparecida tras la pandemia. Es la recuperación de un bienestar parecido a los automatismos que aplacan a animales lárnicos, como la vaca o el gato, y que homenaja perfectamente a todos los caballos ciegos que corrieron por este circuito abandonado.

HERMANA MAYOR:

Estos movimientos se sienten muy bien.

HERMANA MENOR:

Es la rutina de estiramientos, previene muchos sustos.

CLAUDIA:

Una crema también ayuda, la que tengo es relajante muscular.

Están pensando: “Tienes pulmones, y respiras bien”.

TERCER ACTO

ESCENA PRIMERA

Después de cumplir con el orden cenobítico del desayuno, Sabana coloca su laptop sobre la mesa de los comensales y conecta con el discurso de toma de posesión de Joe Biden (78 años), silenciándolo, montándolo de tal manera que de la boca del 46 presidente de los Estados Unidos de América brotan las ideas que pululan ahora en el rancho, que se engarzan con lo que se supone es la democracia en América, la política, el Estado. En ese acto de ventriloquía los términos de zanja –el surco primigenio que se hacía por influencia etrusca al fundar un municipio romano–, enclave –el de los de los primeros utopistas, que lo contraponían al de la extensión de un monasterio, como un contexto parquizado por Dios–, o pomerio –que rodeaba a Roma, en paralelo a las murallas, y donde en teoría no podías enterrar a los muertos–, adquieren rasgos tan oraculares como contra-oraculares. Es decir, tan aclaratorios como bufos, como esa escena de *El fantasma de la libertad* (Luis Buñuel, 1974) donde aparecían váteres como sillas de comensales.

VENTRÍLOCUO DE JOE BIDEN:

Toda colonia en el exterior tiene un componente de enclave, pero no lo es técnicamente. Para que sea enclave debe estar dentro de otro territorio y relacionarse con el territorio que enclava. Imaginen un enclave como un cuarzo en un charco de lodo, que a su vez está rodeado de un terreno de cuarzo. Había en el origen del término, debemos tenerlo en cuenta, un fuerte componente geográfico. Sin embargo, ¿podemos plantearnos que las nuevas tecnologías generan enclaves contemporáneos? ¿Qué tipo de enclaves económicos se



están generando con el COVID? Por ejemplo, cuando la empresa externaliza el trabajo en nuestras casas. Pero también el acceso a noticias que solamente confirmen nuestras ideas previas (sean acertadas o meros prejuicios), ¿no nos blinda contra los demás?

HERMANA MENOR:

Es como autodestruir el modo de llegar a ti. Pocas veces se cumple que quien se termina el café, prepare el siguiente.

No hay, si se quiere ver así, subordinación del individuo a la colectividad.

Son personajes, no el dedo, el pulmón o la espalda de un cuerpo colectivo.

Aun así, se escuchan los unos a los otros, con un cuidado que ya querría para sí el público del verdadero Joe Biden.

CLAUDIA:

El cementerio como enclave...

VENTRÍLOCUO DE JOE BIDEN:

La separación simbólica de la zanja era fundacional: el surco primigenio en la fundación de la urbe romana, que abría la tierra, separaba vivos y muertos y remarcaba el trabajo sobre el suelo...

HERMANA MAYOR:

Abrir un surco para enterrar sin que haya un muerto...

ORÁCULO:

(Un audio amortiguado, pero entendible, ¿cómo se coló en la conversación? La imagen de unos ojos compuestos de insecto que se dispersa entre el salón, como por esporas, pasa por la cabeza de varios.)

Pienso en escarificación
en el sentido de contracción del territorio

sobre el pellejo
lo fronterizo
aquello que se dispone
entre dos o más categorías.

VENTRÍLOCUO DE JOE BIDEN:

La separación entre vivos y muertos era algo recurrente en Roma, aunque más exacto sería decir que se intenta encauzar el modo en que regresan los muertos. El pomerio tenía el componente sagrado de lugar para adivinar, para no entrar armado y para no enterrar a los muertos. Después, el catolicismo atrae a los muertos, con cementerios que pasan del extrarradio a orbitar alrededor de las iglesias, o a enterrarse a los personajes más prominentes dentro de ellas. En fin, es lo de Elias Canetti/Cañete y las religiones como controladoras de grandes masas de muertos, de masas inexistentes. Ahí podríamos pensar en la gestión de la masa virtual del COVID, de las masas futuras.

ALGUIEN:

De las masas de muertos que nos asedian...

CLAUDIA:

Pero entonces no se materializan si no es en cuerpos.

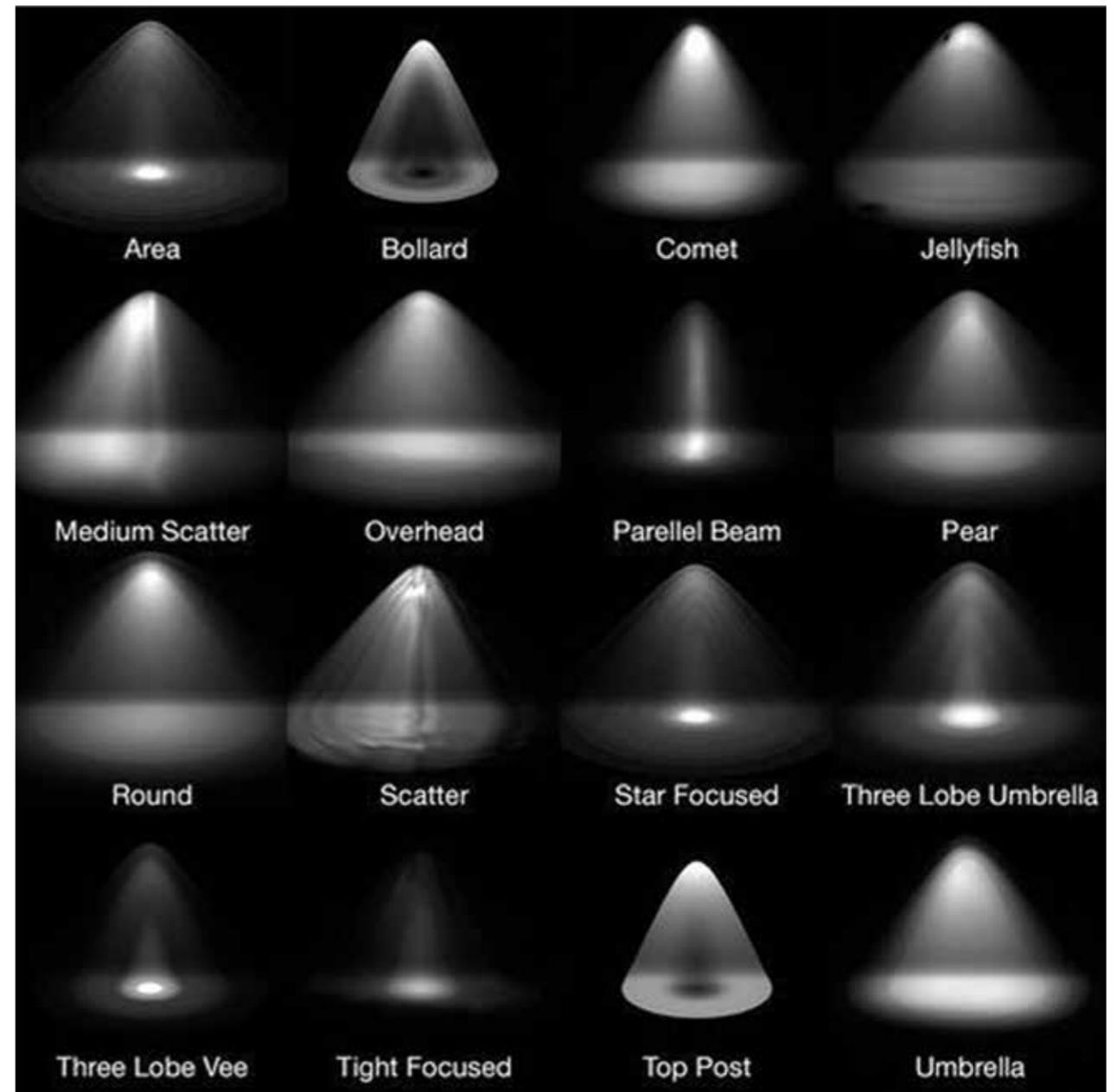
(MURMULLOS):

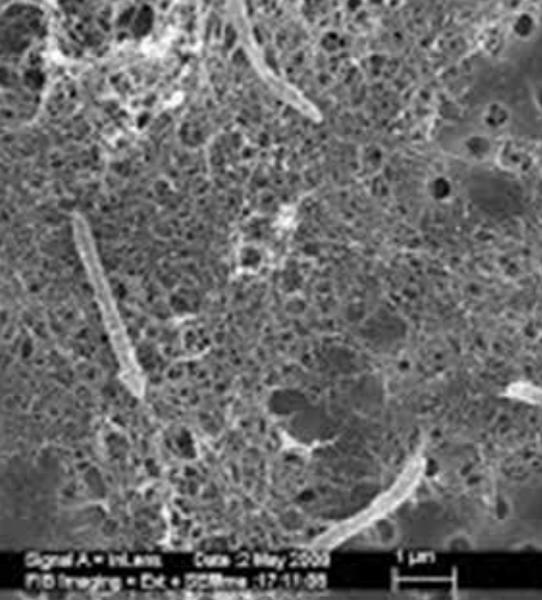
Hay que separar a los vivos de los muertos, separar a los vivos de los muertos,
separar a los vivos de los muertos...

HERMANA MENOR:

(Teclando y como si enunciase la lección.)

Bodysurfing, liberarse del temor que tienen los individuos a ser tocados.





El grupo camina hacia el agujero, ahora que todavía hay luz. “Fosar” es “hacer foso alrededor de algo”, pero no hay nada alrededor de ese agujero. Desconectado de su función defensiva y sin ningún resto óseo, seco, a pesar de que cerca hay un ojo de agua, ese agujero obliga a pensar en qué lo enmarca (el marco, obsesión compartida con el Oráculo, que únicamente canta sus himnos enmarcado).

La zanja como una cerca con densidad tal que se hunde sin pausa y de la que brota agua envenenada.

O la zanja como espacio en blanco, la hoja en blanco, ¿no tiene el marco en el centro un pozo que parece sin fondo, pero que termina en la superficie del folio en blanco?

CLAUDIA:

El hueco me hizo pensar en los cuerpos que no están. Quise pensar en el marco, pero no puedo evitar pensar en el vacío.

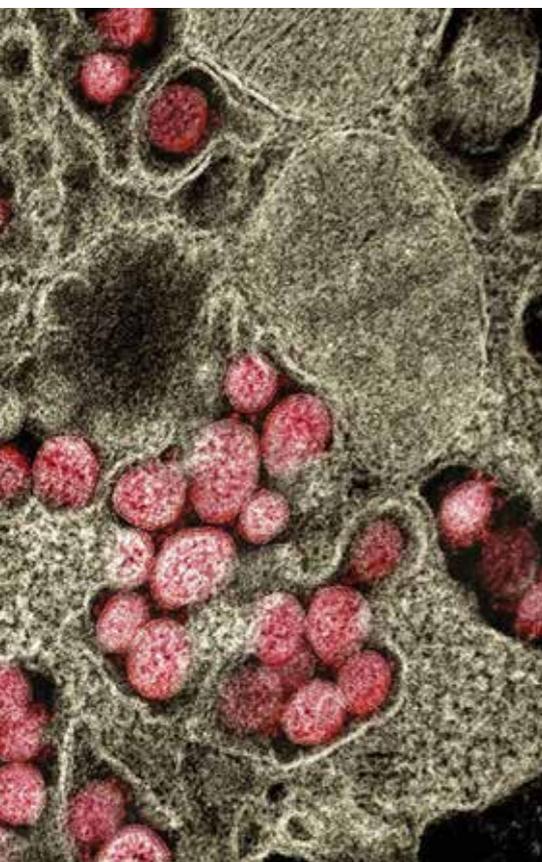
(Señala al agujero, donde se vislumbra una botella verde semienterrada.)

J.:

También lo que estabas contando en la comida, eso de la tripofobia, ¿no?

CLAUDIA:

Sí. Esa fobia que se reconoció en los dosmiles, que consiste en ataques de ansiedad en mayor o menor escala al ver una superficie agujereada



sistemáticamente. Muchas cosas en la naturaleza tienen este tipo de patrones. Los panales, los centros de algunas flores, cortezas y piedras picadas por animales.

J.:

El patrón es tan consustancial al desasosiego como lo es el agujero...

PATRICIO SIGLO XXI B:

¿Tienen imágenes?

(Patricio Siglo XXI A le envía un WhatsApp explicándole que, precisamente, la tripofobia se ha ido construyendo a partir de imágenes de patrones en internet demasiado perfectas.)

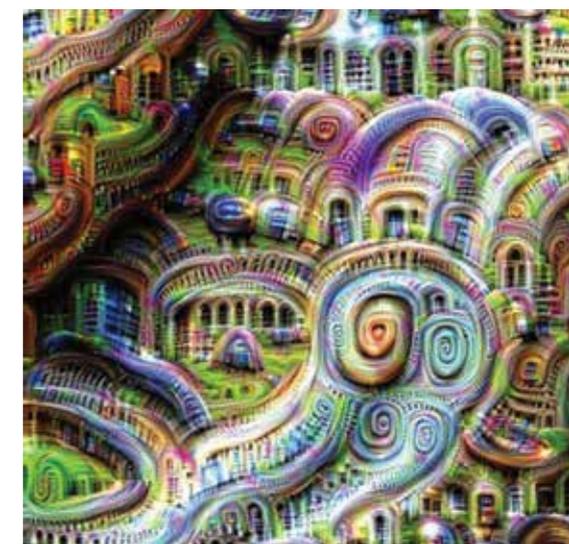
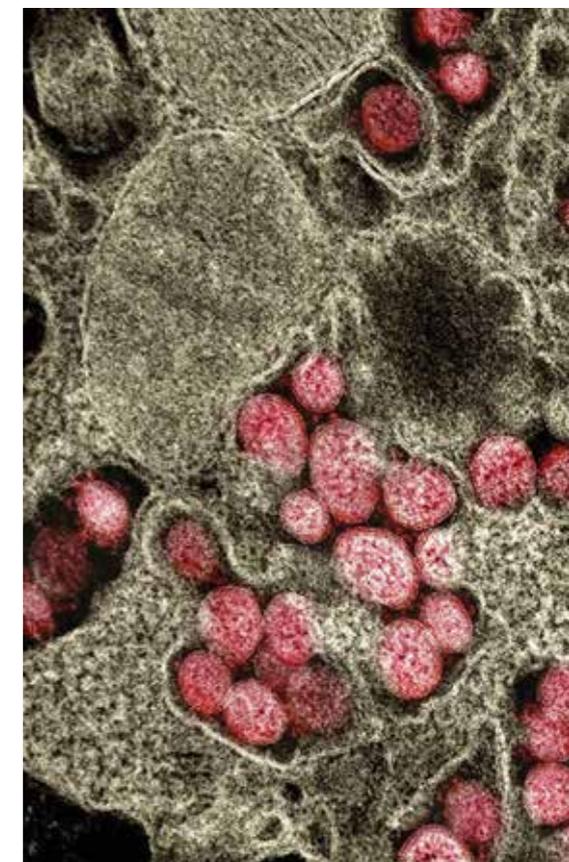
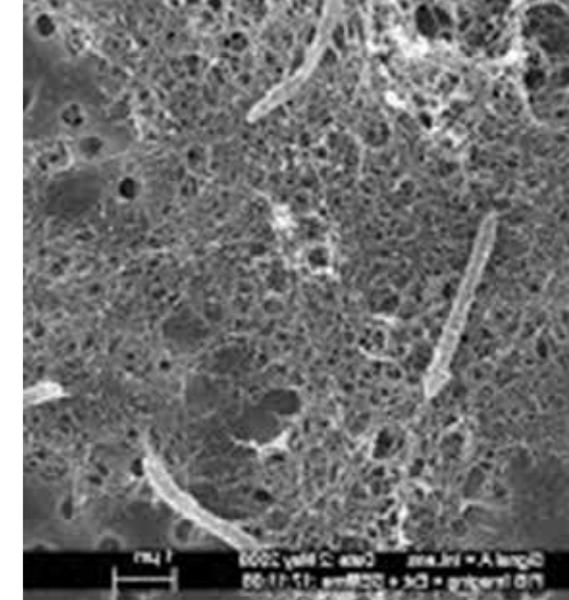
Muy actual, sí...

J.:

...Quizá por temer que el patrón se extienda hasta tocarnos y descomponernos.

CLAUDIA:

Conozco a alguien que la padeció y su doctor le dijo que estaba relacionada con el tiempo excesivo pasado frente a las pantallas y que la fobia había proliferado en pacientes jóvenes durante los últimos años. Como una especie de intolerancia a la naturaleza. No sé, tal vez por el hueco infinito que se abre en la pantalla, como esos *gifs* que te muestran miles de ventanas de páginas



abriéndose hacia lo profundo. Planos que no podemos habitar, que se despliegan hacia adentro de otro cuerpo con torso de ventana abierta. Aparte, un cuerpo formado por millones de ceros y unos, que son huecos. Imagínate, nos comunicáramos así: 000101010101010000.

J.:

Me hace sentido, es como el movimiento de lo estático; no puedo salir del marco, entonces me deformato. O la tripofobia como una enfermedad autoinmune contra los 0 y los 1.

PATRICIO SIGLO XXI B:

(Lee en silencio el nuevo WhatsApp que le acaba de enviar Patricio Siglo XXI A, levanta la mirada del celular y pregunta, con voz diáfana.)
¿Dónde queda el impulso vital en la pandemia?

HERMANA MAYOR:

Pienso que hay que conceptualizar mejor la noción de movimiento. Se dice que nos hemos vuelto sedentarios, encerrados en casa... Pero, paradójicamente, nos relacionamos con pantallas, imaginaria y simbólicamente: el movimiento está ocurriendo. Pasan cosas sin necesidad de lo corpóreo propio. Por ejemplo, si mueves una cadena de producción, activas a otras personas. El movimiento en la pandemia no se detuvo, se desplazó. Incluso en silencio hay movimiento, está claro. Son algunas de las grandes ficciones sobre el COVID: falta de movimiento, falta de productividad, estar en pausa... En realidad, ¿estamos confinados? Si podemos reflexionar sobre ese movimiento en ese plano, encontraremos herramientas para pensar en ese movimiento nuevo.

Atardece, el grupo continúa tomando fotos. Árbol y nopal, postes telefónicos (quizá la fosa era un cimientito para postes, sugiere Temoc

Camacho), arbustos, cornamentas de vacas sacrificadas, cartuchos, restos de la celebración, botellas sobre y entre los nopales. Al anochecer, ya con todos en casa, Claudia revela su receta secreta para el catarro: té caliente con whisky, del gaélico *uisce beatha* (agua de vida).



INTERMEDIO

Una fila a las puertas de Grupo Infra. División Infra Médica, empresa con la mayor red de distribución a domicilio de oxígeno medicinal. Es domingo por la mañana, pero la fila es de medio centenar de personas que han preferido rellenar sus tanques allá. Todos enmascarados; sobre las máscaras, caretas de plástico. Algunos con guantes, otros también con bolsas en los zapatos. Alrededor de la fila da vueltas un carro como de golf, manejado por un guardia de seguridad privada (presenta fiebre y tos seca, como quien esto narra). El vehículo tiene un aspersor incrustado en el techo, que rocía con ozono, a la fila, cada media hora, mientras una grabación repite: “Hasta dónde hemos llegado, hasta dónde hemos llegado, hasta dónde hemos llegado”.

TEMOC CAMACHO:

(Lee para sí un intercambio de mensajes de WhatsApp con J.)

“Me vino el acojone porque hoy soñé con el fin del mundo/jaja/jajajajaja/En el fin del mundo tienes que hacer cola para todo, para entrar y para salir, como si fueras parte de un gran gusano/Suena muy feo”). Pues, ¿cómo ven?

XAYACATL:

¿Quieren sentarse?

(Señala unas sillas de playa que rentan unas niñas; está escuchando la retahíla del Oráculo en un audio de WhatsApp: “Esa metamorfosis, esa metamorfosis, esa metamorfosis”).

HERMANA MENOR:

Traje Mamuts, por si gustan.

UN ASINTOMÁTICO:

(Pasa en motocicleta, como motorratón, pero increpa a la fila como predicador.)

La necesidad de lo amateur ¡¡¡es una tiranía!!!

(agrega, energúmeno)

Gafas de buceo para médicos = peces muertos que saben a cartón mohoso; construcción espontánea de respiradores de oxígeno con máquinas del agua = agua de muerte, olor a gasolina, a azufre.

TEMOC CAMACHO:

¿Recuerdan en la residencia esos pastorcillos que para molestarnos ataban alambres de un árbol a otro en el camino? Poniendo esas madres, alambres que atraviesan todo el camino, o sea si vas en carro pinche rayadón que le pegan, pero imagínate que vas en bicicleta o en moto como ese tipo, se atora y ya no la cuenta, es más que ganas de anticipar su llegada (señalando al asintomático) y tenerle uno listo.

UN ASINTOMÁTICO :

(desde muy lejos, casi inaudible, como para sí.)

Pero si yo no voy, vengo...

XAYACATL:

(Lee para sí el siguiente comienzo de himno oracular.)

El asintomático porta una zanja que puede desplegarse como el bastón de un ciego, pero en sentido funcional inverso.



CUARTO ACTO

ÚNICA ESCENA

La Hermana mayor revisa algunos papeles que llevaba al rancho o que se encontró en las recámaras: una edición barata del teatro completo de Aristófanes, un ejemplar de *La Jornada* (“AMLO da positivo a COVID; señala que tiene síntomas leves”), pero lo que más le llama la atención es un correo impreso, sin fecha:

El silencio, el polvo, los animales, un gallo o quizás más, pájaros, insectos y una jauría. La música sonando muy bajito, de fondo, allá lejos. La sensación de como si toda la vida hubiera vivido en el campo, cerca de los albañiles, de los campesinos y de las señoras que cuidan las casas y la tiendita. Las señoras se sientan afuera a tomar el aire. Las tienditas sin nada o con muy poco, dos botellas de jugo envasado en plástico, con el rastro de polvo que dejan las franelas húmedas. Unas papitas, dos Mamuts y un Bubulubu, muchos Chiclets, una colección de paletas, la lata de chiles y, al fondo, un refri probablemente lleno de cervezas y Coca Colas. El cuartito oscuro reservado para la tiendita, se ilumina a voluntad por un foco de 40 watts.

Las casitas sin enjarres y los cercos con alambres de púas. El sonido de las moscas que se alejan. Un carro a lo lejos por una brecha. Muy *El llano en llamas*, pero sin mística y con una nostalgia latente, casi ficticia, como cuando uno vive del recuerdo de algo que solo conoce de vista o de oídas.

Las casas a medio hacer, construidas hasta donde era suficiente y no más. Igual que el paisaje, la maleza y los arbustos encontraron en su

forma una suficiencia plana y sin pretensión. Una flora y una fauna (y, entre la fauna, lo humano) que hizo con los recursos lo que pudo. La racionalización del agua, de la tierra, de los animales, de los minerales.

Detrás del sonido de las piedras y la terracería, suena vagamente una camioneta destartalada. En el presente la imagen se actualiza con una camioneta que interpreta el lujo a su manera, grande, pimpeada, alta, con faros de niebla y rines cromados. El viento que sopla entre los árboles y el sol rasante contorneando las lomas. La luz dorada del atardecer. La zanja y el cauce del agua. En la casa como si llegara el mal, o si llegara el bien. Lo mismo da si llega el mal. Respiramos la calma del paisaje inerte que solo espera.

Esa especie de haikú de “buenas noches, mundo”; ese paso y repaso a un pasado profetizado (“pasado pasando”, remarcaba Patricio Siglo XXI B en la mañana; “un peregrino encerrado dejará una zanja por la insistencia en el mismo camino”, recordaba el Oráculo desde Yucatán, cerca del cráter de Chicxulub, donde cayó el meteorito iniciador, como el COVID-19, de otra gran extinción) impulsa a la Hermana mayor a caminar hacia la tiendita que recordaba cerca del rancho, por la escuela Niño Artillero. La Hermana menor aceptó acompañarla y caminaron sin decir nada a nadie, ¿para qué, si no esperaban tampoco encontrar nada, ni a nadie?

Si viésemos el paisaje desde arriba, en herradura, la pinza o lumbre sería el rancho; un extremo del talón estaría en la fosa del otro día y el otro sería esta tiendita. El lugar solamente conserva de la descripción un par de Mamuts, que la Hermana menor compra de inmediato. Pero lo que más sobresale, al fondo, es una capilla chiquita donde la señora de la tiendita almacena un poco de género y muchos detentes y exvotos. Los más destacados son los recientes, aquellos que integran lo científico y lo paracientífico del COVID con la magia, siguiendo un principio que ha perdurado, precisamente por su volatilidad tan insidiosa para dinamitar grietas, al margen de su lógica, y que



synthetizó Proclo (412-485): “Todo aquello que tiene la propiedad de volverse hacia sí mismo es incorpóreo”.

Proclo, a quien supuestamente Atenea se le apareció en sueños dos veces: para que fuese a Atenas a estudiar filosofía y, ya allí, para que aceptase que la estatua del Partenón de la diosa, que había sido retirada en el ocaso de la religión pagana, fuese a vivir en su salón.

Escribía Aurora Egido en “La historia de Momo y la ventana en el pecho” (capítulo de *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, 2000), donde ese semidiós, hijo de la Noche, afín a la imprudencia, el disimulo, la simulación y la astucia, arroja como equivalente de la prudencia la capacidad de abrir una puerta o ventana, a veces de cristal, en cada pecho, y entender el interior de las personas, para maniobrar mejor. Pero, criticado por barrocos como Gracián, que tachan de vulgar ese accionar, se considera más sutil calibrar a las personas a lo lejos, y por indicios más tenues, pues la realidad siempre es más borrosa de lo que parece y no es oro todo lo que reluce.

Podríamos entender los detentes como un modo de ver por la cerradura divina (o por el despliegue coronavírico). O, al menos, un modo de dibujar la cerradura para empezar a construir la llave.

QUINTO ACTO

ESCENA PRIMERA

Patricio Siglo XXI B tiene una llegada al rancho algo accidentada. El camión Ciudad de México-San Miguel de Allende iba con retraso, pero eso sí se le ha hecho bastante llevadero al pasarse el trayecto dormido, o recordando a sus padres en Austin, o aprendiendo, mentalmente, a doblar y a ubicar en el cajón adecuado, como ropa limpia y blanca, al Patricio Siglo XXI A, que tan buen rendimiento –intelectual, no tanto emocional– le dio los primeros días de su participación con el grupo. Ahora, ese Patricio Siglo XXI A es un cuerpoide, una imagen de cuerpo que no puede ser cuerpo hasta que no choca con otros, pero tan real como los sujetos corpóreos. Tal vez ahora ambos Patricios se ensamblan, para que uno se disgregue en el otro, como tiñe un colorante el agua de la jarra, del mismo modo que el mismo Patricio había dicho, citando a algún autor francés, que la imagen que nos falta de nosotros es la de nuestros padres concibiéndonos. O, por llevarlo al mapa pandémico, la idea de que los restos del murciélago wuhanés solo tocará al primer contagiado cuando termine la pandemia, en este acto que solo se perfeccionará cuando se agoten todas las consecuencias...

Sí, fue un viaje agradable, igual que la llegada al rancho.

Sin embargo, surge el accidente. La llave que abre su recámara se ha quedado dentro y la puerta está cerrada... con llave. Para echar más leña al fuego invisible y mudo del absurdo, la Hermana menor había encontrado una llave semienterrada entre las piedras de la entrada, y le vino todo lo Hécate para considerar que esa es la llave necesaria. Pero no funciona en esa puerta, y la Dueña del rancho se la guarda “por si acaso”. Finalmente, Patricio Siglo XXI B fuerza la ventana y así logra entrar a su recámara.



Tumbado en la cama, la mochila por deshacer, el llavero con gel antibacterial oscilando por tanto viaje horizontal y vertical, cierra los ojos e intenta no pensar más en pantallas. Pero es difícil.

Había estado en la pantalla del televisor del salón (es el primer mueble que ha buscado con los ojos al llegar al rancho). Había estado tres días mirando por el ojito ciego de la cerradura infinita de la cámara, que había devuelto su imagen a los demás, a los que él veía gracias al trípode pítico (véase fig. 1 Esquema oracular sincrónico semipresencial), que ahora es el banco donde deja su tablet y su desayuno. Ha entrado por la puerta (por la ventana), el COVID como distribuidor de puertas dentro de las casas, prometiendo ampliarlas si los habitantes se empequeñecen, prometiendo que las pantallas conducirán a un conócete a ti mismo. Diminutos muñecos de humanos, como los que Xayacatl había colocado en el desierto de matorral, uno al lado de un vaso de unicel, enorme ballena numular, el otro muñequito dentro de una bolsa de plástico colgada de un arbusto, a la espera de que la bolsa fuese mortaja, resguardo o crisálida, exvotos para los caminantes que siguiesen los pasos de otros.

PATRICIO SIGLO XXI B:

Les quería comentar que...

CLAUDIA:

Qué raro verte aquí, ¿no creen ustedes? Estabas allá (señala la televisión) y ahora te vemos entrar por la puerta y ponerte a hablar con nosotros...

PATRICIO SIGLO XXI B:

No sé si tendría que pedir una disculpa.

(Risas, la Hermana menor teclea algo fugazmente en Google, como un ratoncillo que, a la mínima distracción, se lleva un trozo de comida.)



CLAUDIA:

Es que con la pandemia te das cuenta de que el cuerpo, en una pantalla, es un fragmento... Aunque veas todo el cuerpo... Falta el olor, por ejemplo. Se habla entre pantallas, pero eso no son cuerpos, la boca que habla no es la boca. Te veíamos en la pantalla y yo me imaginaba más de la mitad de ti. Pero luego vienes y te voy completando.

(Patricio se turba, pensando en Siglo XXI A, que desde su lugar también está turbado, pero por contenerse un sentimiento que identifica, estupefacto, con una especie de ira.)

CLAUDIA:

(Completando un pensamiento que nació en otro lugar, pero que encuentra partes del tepalcate en este salón, en esta plástica.)

El completo aislamiento tiene que ver con la imposibilidad del tacto. Lo que no se puede tocar no está vivo.

J.:

Bueno, sí estaría vivo biológicamente, pero no socialmente, no políticamente, algo así, ¿no?

SABANA:

Entonces, si es así, vamos hacia una posociedad, porque, a este ritmo, no vamos a tocarnos nunca más. Al menos no como nos relacionábamos con los cuerpos de antes.

ESCENA SEGUNDA

El Oráculo despliega sus audios y mensajes, y el grupo tiene que escucharlos, uno a uno, contra la pereza ciega y sorda con la que el paisaje del desierto de matorral es extremadamente benévolo.

Se ve a algunos personajes con sus chicharitos en las orejas, rumiando con la mirada hacia lo lejos, o pegada al camino, como perro que, sagaz, olfatea el resto de llaves y tepalcates semienterrados.

Otras habían llevado la rutina desde muy de mañana. Sabana se levanta con el sol, y se lleva a su perra solitaria a caminar, con tanta naturalidad que los alambres de espino podrían abrirse, como puertas automáticas o como zarcillos serpenteando al sol. Al atardecer, probablemente Sabana tenga las tareas hechas y pueda dedicarse a pensar fotografiando el paisaje, azuzada por inquietudes que son anteriores a la residencia y a la pandemia.

En una banca están sentadas la Hermana menor, Xayacatl y Claudia, con capotes negros. Envueltas en polvo, en tierra, en humo, en sombra, en el tipo de nada que deja este enfoque del atardecer guanajuatense y que la Hermana mayor está oteando para tener la captura (≈ la foto) perfecta. Pero la muerte ronda el mundo fuera del monasterio, en funerales invisibles, en masas que asedian tras no haber podido recibir sepultura.

Con las tres parcas –la que hila el nacimiento, la que tira la suerte o aprovecha los regalos de los dioses como todos los hermanos menores y la que corta el hilo, con unas tijeras aborrecibles y tan inevitables como el choque séptico coronavírico– distraídas y entretenidas con la plástica, el momento podría durar para siempre.

“A partir de ahora, ¿todo arte será funerario?”, es el fragmento que se escucha de una plástica entre el Oráculo y Temoc. “No sé si sea cierto, y dónde fue, pero leí que en algún lugar estaban empezando a enterrar de pie”, indica Xayacatl. En la banca de la espera y del atardecer, donde estaban las tres parquitas, ahora está Patricio Siglo XXI B, en manga corta y con un chal sobre los hombros. Ha preguntado al grupo qué momento de su encierro pandémico recuerdan especialmente. Temoc Camacho cuenta el recorrido que hizo por su casa con su hija, en otro atardecer, su casa, de banco en banco, de silla en silla, sin tocar nunca el suelo. Saltar de árbol en árbol, cuando no estaba permitido que el mono cayese al suelo, pues la noche tenía garras y era

casi imposible regresar a la cama de hojas donde dormían los otros homínidos. O el caminar de piedra en piedra, sobre las aguas, reuniendo el valor para conjurar el peligro de no saber nadar en ese líquido hostil, o el pavor atávico a que te engullan invertebrados gigantes que pueden esperar quietos y atemporales a que caiga del cielo líquido una personita, directamente a sus pinzas o a sus filamentos envenenados. “Idea de sincronización”, dice entre dientes Patricio, sin lanzar del todo el hueso al grupo. “¿Qué se te aparece en ese momento de la puesta de sol?”, le pregunta a Temoc.

Si los personajes levantasen sus manos e hiciesen a su alrededor el gesto de estirar sus cinco dedos y juntarlos por las yemas, para luego abrir las manos, como cuando se amplía la imagen en una pantalla táctil, ampliarían más y más los manes que pululan a su alrededor. Verían bandadas de manes, que muestran los jirones y los restos que llevan colgando de las vidas pasadas; los gestos concentrados de quienes murieron o de los moribundos, por miles en esta pandemia; verían los avances proféticos de objetos decisivos, que decidirán el futuro de los personajes. Algunos del grupo, tras contemplar esto, optan por reducir esas visiones y devolver los manes a su tamaño invisible original. Pero otros los amplían y amplían y amplían, hasta decantarlos en grandes nubarrones, gigantes manes, arcas de los que cuelgan los tiempos –pasados, presentes y futuros– y todas las vidas, como hileras de lianas, fosforescentes en la noche, manes que, desde muy cerca, parecen moluscos preadánicos.

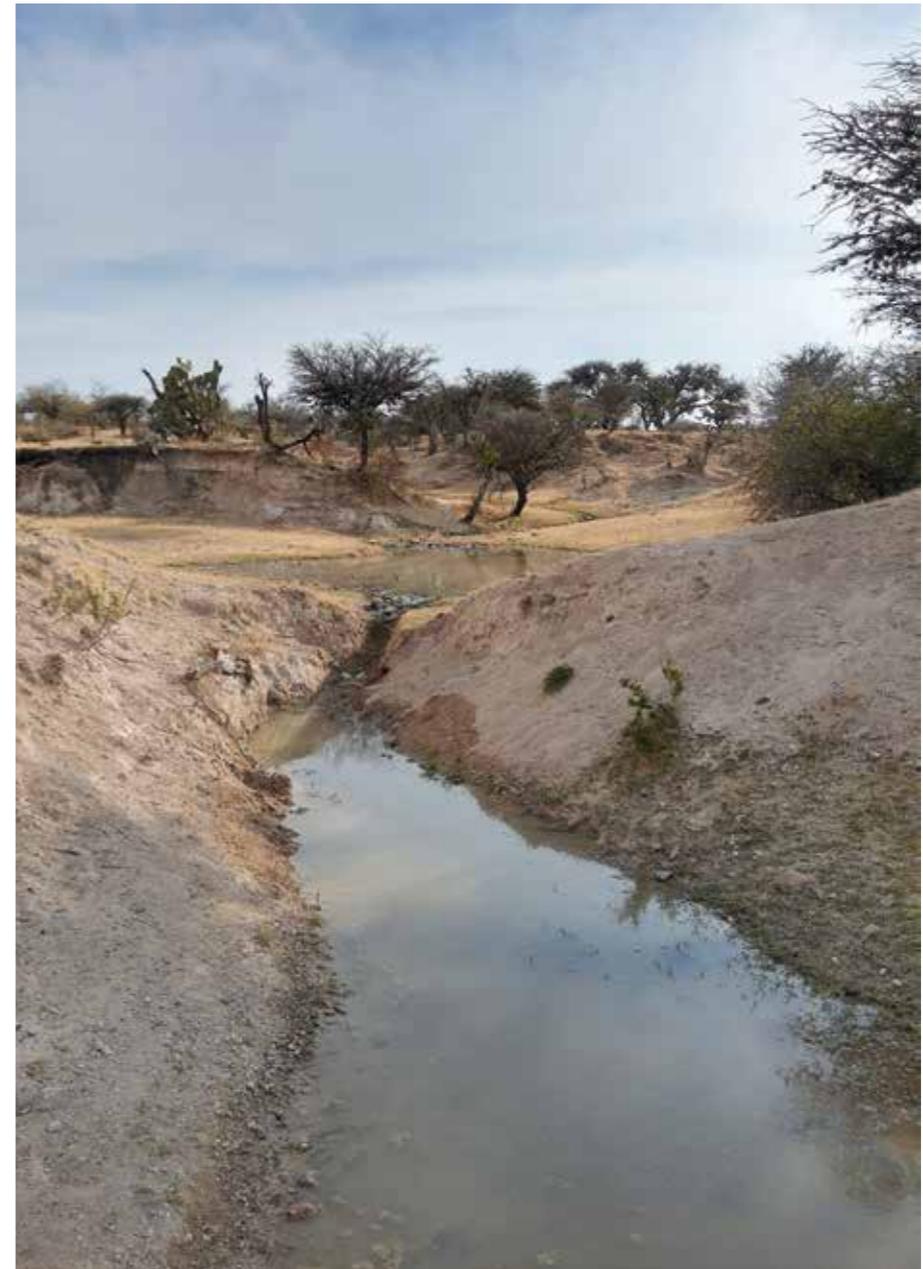
SABANA:

Parece que quieren llevarse los exvotos que pusiste, es como si los quisieran succionar. ¿Los amarramos, fuerte? ¿Nos dará tiempo de amarrarlos?

XAYACATL:

Pienso que los muñequitos son demasiado chiquitos. Aunque están para que se los lleven. Quien quiera llevárselos, que se los lleve.

(Los exvotos quedaron intactos y todavía están alrededor del rancho.)



SEXTO ACTO

ESCENA PRIMERA

Al momento, la mayoría del grupo, como casi todos los mexicanos, duerme. La perra neoplatónica de Sabana se escondió rápido ante la llegada de algunos de los 12 perros que, al amanecer, rastreaban, infructuosamente, alrededor de la puerta de entrada al rancho, por suerte bien cerrada con llave. Ahora, Sabana continúa su caminata y la perra la acompaña, con la sensación del trabajo bien cumplido que da que nadie te espere, ni esperar por nadie.

En alguna recámara, alguien escucha un audio; es una voz masculina, probablemente la de Temoc Camacho. El volumen se escucha demasiado alto, como cuando uno cree tener los audífonos conectados, pero no lo están, y como no se oye bien, uno sube el sonido más y más, pero los audífonos obstruyen la escucha: “Me siento como una especie de plantilla de meme que empieza con un primer chiste simple y esa misma plantilla se va, se va, se va deformando hasta convertirse en una especie de meme abstracto que solo da risa porque no lo entiendes”. Una mudanza masiva a los dispositivos electrónicos, pero sin llevarse nada que vincule a la ciudad dejada atrás...

El resto de los silencios son generales, sostenidos como por unos alfileres que prendiesen un telar en el que todos los del grupo están bordados (y también están bordados pasajes de la historia de México). Tal vez no haya moscas, sino virus revoloteando (los virus, ¿revolotean?, ¿se lanzan como mayate kamikaze?, ¿reptan en múltiples diagonales a la vez, como rosa de los vientos que se mueve atravesando escalas, de lo incorpóreo a lo corpóreo, cada fase una marca en el tronco de la vida?), revoloteando sobre la mesa de los comensales. La Dueña del rancho, que acaba de llegar, extiende las tazas para el té y el café, y los platos y cubiertos. Deja la olla con la salsa para los



chilaquiles y el ruido que hace le impide constatar que el sonido ha tenido un equivalente, como una ficha (del griego *synthema*) de un memorama, en una recámara donde la Hermana menor bebe té y hace *doomscrolling* (escroleo hacia el abismo) de todas las noticias sobre la pandemia, que tienen como vértice de la pirámide (ahora invertida): “AMLO da positivo a COVID; señala que tiene síntomas leves”. El resto del grupo va despertándose, palpando los celulares y vislumbrando la ducha, anticipando la alternancia entre agua a punto de la congelación y agua al límite de la ebullición, los primeros saludos, el puesto en la mesa que pocas veces se repite, a pesar de las sugerencias explícitas e implícitas de J. de recordar la silla del día anterior.

HERMANA MAYOR:

Xayacatl es quien se sienta a propósito en lugares diferentes, para sembrar el caos. (La mirada de la Hermana mayor es insistente, aunque se siente, en cierto modo, aliviada.)

TEMOC CAMACHO:

Yo no tengo un lugar predilecto en ninguna mesa.

HERMANA MAYOR:

Pero, ¿ni cuando comes con tu familia?

CLAUDIA:

En mi casa la mesa es redonda, entonces no repetimos...

HERMANA MAYOR:

¿Ni con tu mamá?

TEMOC CAMACHO:

Tengo mis lugares preferidos en mi casa, pero no en la mesa.

CLAUDIA:

Ni yo. Nunca lo hubiera notado hasta que tú (señala a la Hermana mayor) lo dijiste.

HERMANA MAYOR:

Siempre pensé que repetir lugar era estratégico, para evitar a quien consideran sospechoso...

Al sentarse todos a desayunar, sobre el grupo sobrevolará –como pájaro que solamente vuela en el mismo escaque aéreo imaginario, sin avanzar, pero aleteando mientras haya luz– la sensación de que falta alguien. Sabana tiene la hipótesis de que ello se debe a que Patricio estaba desdoblado y que el Oráculo perseveró en vivir en dispositivo, cómodo (comodidad/necesidad) en un microcontinente que le permitía llegar al universo residencia, llegar por texto tierra, imagen mar y audio aire. Otras tienen hipótesis más sutiles, seguramente relacionadas con sueños y culpas de otra naturaleza.

Pero esa sensación se completa con la de que pronto vendrá alguien a desalojarlos del rancho. Algún familiar desconocedor, una fuerza –¿ejidal?, ¿divina?– desconocida, que de un modo sumario, sin apelación, y con personajes, como el Momo de *El castillo* kafkiano, reconfortados en el ejercicio metódico del absurdo sádico. Con el agravante de que, si intentaran escapar de esa deriva hacia la situación onírica, una fascinante herropea –esa bola metálica encadenada al tobillo del preso para dificultar su huida– los hundiría hacia el sueño, con el peligro de quedar atrapados, para siempre, en el telar onírico.

Aun así, ha de decirse que esta sensación, cuando muchos del grupo la verbalizan, se diluye entre risas, disipada en caricaturas que desactivan, como un arado oxidado pero tranquilo, sus peligros.

ESCENA FINAL

La tranquilidad con que platica el grupo en su última noche sería extraña para cualquiera que los viese –si bien la intensidad de los ladridos de los 12 perros blancos, tan fuerte como si ladrasen a 12 lunas, no puede entenderse como un enfado del universo con los personajes–. Es un sosiego extraño (para ellos y para quienes vean/lean esto) por haberse logrado en el contexto pandémico. La apuesta es por entender, por supuesto. Aun así, no es vacación, pero lo es. Un tiempo diseñado para reflexionar. Astillas teóricas (otra vez la idea de la Hermana mayor de clavar alfileres para entender, ¿es posible clavar, como a la mariposa del caos, a los viriones del coronavirus? ¿A las marcas, físicas y psicológicas que nos dejan los viriones?)

Sobre todo, es reunirse, por estar juntos. Y a pesar de los peligros del virus desplegado –“desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la tarde cenaron con sus antepasados en el otro mundo”, leemos en el *Decamerón*–, y de los amarres y mañas –muchas veces ingenuas– de los asintomáticos, el grupo se juntó, y se adaptó a convivir, y si la palabra no es felicidad, lo vivido tiene un tronco común con ella. Hasta un sepulturero tiene un momento de paz, mientras come tranquilamente y nadie llama a la puerta, mientras barre con la mano las migas del libro de los muertos.

XAYACATL:

Por espacio de algunos días recordé rápidamente lo que era la vida antes, cuando gran parte del trabajo se hacía en los intermedios, en los pasillos, en los momentos flotantes que incitan a los encuentros espontáneos. Esos instantes que completan la noción de humano, por el simple hecho de desbordar el marco y salir del encuadre.

Asumieron responsabilidades, se obligaron a no usar los reproches y los descuidos como cuchillas retráctiles en las sienas, e incorporaron a la broma

el termómetro electrónico que lee, borra y recompone los pensamientos en un cronón; incorporaron en sus bailes el oxímetro-pulsómetro y el gel antibacterial.

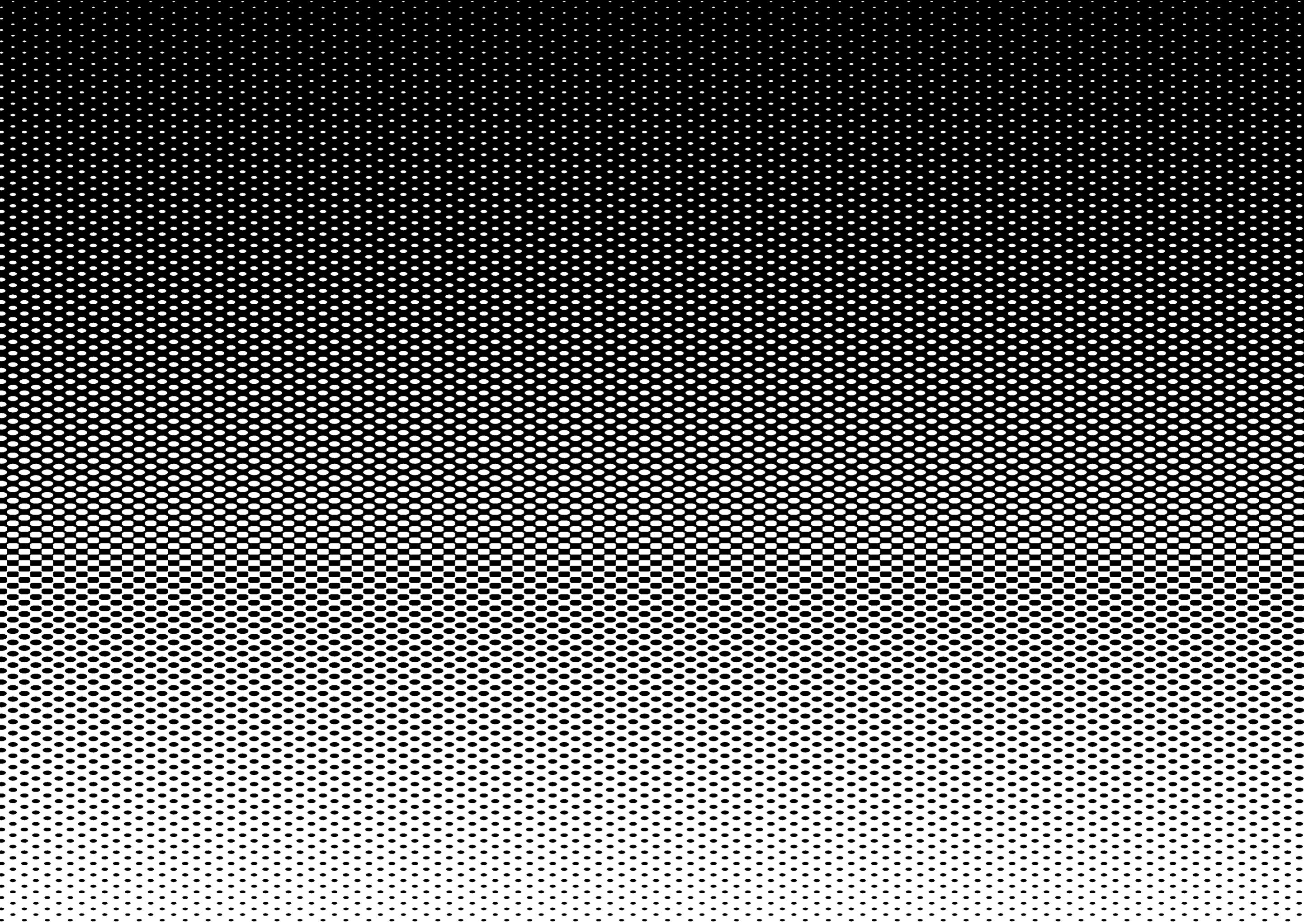
En esencia, se reunieron. Es importante que fuera así. Podría haberse hecho a distancia, cada uno de los personajes en su recámara, con la conexión adecuada, las ventanas listas para la consulta y la pluma sobre el cuaderno: ¡Acción! Pero estaban hablando continuamente de qué hace cuerpo a un cuerpo (el cuerpo que faltaba, las imágenes en negativo que los personajes dejan en sus apariciones tras la pantalla). Era un compromiso con uno mismo, una responsabilidad hacia los demás. La culpabilidad no debía tener cabida en la residencia, y, si aparecía, había que encerrarla en una botella verde y enterrarla más allá de las alambradas, más allá del circuito abandonado de carreras, sin mensaje dentro.

Era como si durante la pandemia cada cuerpo hubiese tenido uno o varios pares de cuerpoide, sólidos, por supuesto, pero con giros que deformasen alguna parte; no tanto pixelándola, como triturando la piel y los huesos con manchas en espiral cuadrada, concéntrica hasta lograr el agujero perfecto, por el que se filtraría el cuerpoide, dejando un hueco de donde saldría otra copia imperfecta. Esos cuerpoide de cada uno –Patricio Siglo XXI B solo tenía uno: A; se sabe que Sabana tenía decenas; y que la Hermana menor los contaba por miles– murieron de sed y hambre, a medida que este grupo comía y bebía, juntos.

En fin, platicaron, tomaron té con whisky y cerveza, pero, sobre todo, se obligaron a verse y a considerarse los unos a los otros sin miedo ni temeridad, aquí y ahora.

Antes de cerrar las puertas y subir al carro, la Hermana menor corrió a abrazar a los muertos mientras todavía estaban vivos.





ANEXO

Días de campo | Where are we now

Rancho 20°57'03.8"N | 100°49'00.4"W

San Miguel de Allende (Guanajuato)

17-24 de enero de 2021

La pandemia de COVID-19 (declarada como tal el 11/3/20 por la Organización Mundial de la Salud) telegrafía, universal y aleatoriamente, una serie de demoliciones en los campos social, económico y político. Los territorios y los mapas se fragmentan por la gestión del virus. Y el tsunami pandémico, con languidez, como atrapándonos por la espalda, alcanza hasta el mínimo común de pantallas anélicas. Mientras, obligada o voluntariamente, millones nos encerramos, imaginando, en soliloquios, lo que llamábamos el “espacio público”, que ha quedado asfixiado por descompresión. Desde los hogares, atraemos al Estado de tal manera que solo haría falta hacerle su camita para que nos adormiece cada noche, como en fábula de Philip K. Dick.

En la residencia Días de campo | Where are we now queremos volcar estos temas y preguntas en el tapiz teórico (inconexo, pero abundante) desde el que se está reflexionando sobre las crisis simultáneas a la pandemia y aquellas que la sobrevivirán. Nos plantaremos cuestiones como los rituales y las ceremonias de aislarnos todos a la vez, en un impulso de bilocación (el imposible milagro de estar físicamente en dos sitios a la vez) que nos hace oscilar entre la frustración y el desengaño. También dialogaremos sobre las consecuencias morales del horizonte coronavírico: ¿Seremos mejores personas?, como repiten incansablemente (en esa línea entre optimista y fatalista, los más osados afirman que es el momento de quiebre idóneo para las revoluciones)... ¿O solamente estamos esperando a que nos alcen la

capucha, para salir de nuevo a cazar, ya sin compasión por todo lo que hemos visto y lo que deberemos defender en los próximos años?

Pensaremos en una posible revalorización del cuerpo –al fin y al cabo, no hemos podido dejar de estar encerrados en y con nosotros mismos– y, en lo opuesto, los ensayos de fugas a la incorporeidad que posibilitarían las nuevas tecnologías. Sin embargo, en una interrelación tan similar como las formas y la música del arpa y de la lira, las instituciones políticas y económicas se coadyuvan para proporcionar mecanismos tecnológicos de seguimiento de contagiados y superpropagadores, mapear eventos masivos en plazas y azoteas, o apuntalar las órdenes de estar, quedarse o morir en el hogar, sin posibilidad de despedir a los cuerpos infectados y futuramente cremados. En Where are we now recrearemos algunas circunstancias de nuestros encierros, pero justamente para visualizar rutinas y automatismos. Si ensayamos lo que se nos ordenó y lo que aceptamos, descompondremos mejor cómo se telegrafiaron esas normas, planes y programas, y si conducían a puntos ciegos.

Las ideas de enclave y monasterio fueron básicas para los primeros utopistas. Nosotros somos desconfiados y pensamos en términos de distopía, pero exploraremos la importancia con la que se utilizaba la idea de zanja para separar los espacios del muro y de la ciudad (el pomerio como lugar sagrado donde no se entra armado ni se entierra a los muertos), o el simbolismo del trazado de un surco (*sulcus primigenius*) que removía la tierra para la fundación de una nueva ciudad. Nos parecen modos de pensar la separación, la ida a un rancho y la relación con separaciones geográficas como las insulares.

A finales del próximo enero, en el rancho 20°57'03.8"N | 100°49'00.4"W (cerca de La Cieneguita) nos plantaremos si lo insular permite entender el aislamiento físico y compararlo con los archipiélagos de costumbres que permiten las tecnologías, capaces de crear espacios homogéneos tanto o más separados de tierra firme que las islas. Quizá, afrontando esos temas y planteando ejercicios en esa línea, recuperemos *espacios de presagio*. Es decir, crear un campo que nos permita elegir qué vislumbrar.

WHERE DÍAS ARE DE WE CAMPO NOW

es la cuarta edición de Días de Campo (2016-presente), un proyecto de investigación colectiva que reúne a artistas e investigadores para discutir temas filosóficos y políticos relevantes en el México actual.

La escritura y coordinación es de Samantha Cendejas, Jesús Pérez Caballero, Claudia Cisneros y Temoc Camacho, con la inclusión de algunos materiales de los otros participantes de la residencia: N. Samara Guzmán, Toztlí Abril de Dios, Zahara Gómez, Patricio Villarreal y Luis Gárciga.

El diseño es de Selva Hernández.

La corrección de estilo y el cuidado de la edición, de Sandra Luna. La impresión se realizó en la Xerox 3550 de Ediciones Acapulco bajo el cuidado de Ricardo Mendiola. El tiraje es de 400 ejemplares.

Agradecemos a María José Petersen e Isabel García Bastida su hospitalidad.

Realizado con el apoyo de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco.

MHERRERRE
DIAS
ARRE
DE
ME
CAMPO
NON

ACAPULCO